

de su madre: es cierto que conoció en aquel primer instante que era la destinada á ser Madre de Dios, como que, segun San Cirilo de Alejandría, el Bautista, ilustrado por el espíritu profético, del cual fué lleno en el vientre de su madre, vió la espada desnuda que lo amenazaba. Y si Juan Bautista en el vientre de su madre tuvo este conocimiento, ¿cuánto mas lo tuvo María que se lo dió en la visita que le hizo?

Pero oigamos á Ildefonso, el hijo predilecto de María. “La Madre de Dios, enseñada por los testimonios de David y toda como arca de la divina contemplacion, conoció (á primo esse) que el Señor habia de salir de Ella como esposa de su tálamo, porque ilustrada por el Espíritu Santo, no dudaba que en Ella debia cumplirse lo que habia dicho el profeta Isaías: *“Há ahí que una vírgen parirá.”* ¡Oh qué grande, qué grande es María partiendo su perfeccion de esta gracia! Todos sus actos no son humanos, no son tan solo perfectos; no son angélicos ni perfectamente angélicos; no son celestiales ni eminentemente celestiales; son, sí, divinos, porque María correspondió divinamente segun toda la medida de su gracia: por esto su amor fué divino; su fe fué divina; su esperanza fué divina; su humildad fué divina; su prudencia fué divina, todos sus actos fueron los mas conformes á los que operara aquel hombre verdadero que era al mismo tiempo verdadero Dios. ¡Oh María! haz que toda criatura te adore, te ame y te glorifique, y haz que yo lo haga con todo el amor posible. Oh si muriera de amor hácia tí, ¡oh queridísima Madre mia! Oh si fuera mi último aliento decir juntamente con Jesus, ¡María! ¡María! ¡María! ¡Oh queridísima María! ¡quién viviera y muriera como Ildefonso tu predilecto hijo!

Este santo, natural de Toledo, en España, y su arzobispo; brilló en la práctica de las mas heróicas virtudes y anduvo trabajando en favor de María con el celo que es propio de un ver-

dadero santo. Defendió sus glorias, publicó sus privilegios, predicó sus dones, manifestó sus gracias y colocó á María en la altura que era conveniente á la Madre de Dios, refutando victoriosamente la herejía elvidiana y proclamando el dogma admirable de su perpetua virginidad.

Esta soberana Vírgen le mostró su agradecimiento, ya con gracias interiores que rebozando de su espíritu le hacian doblemente feliz, ya apareciéndosele Ella misma en la iglesia cuando iba á cantar los maitines en la noche de la fiesta de la espectacion del parto, ya haciéndole formal entrega de una casulla con la que decia misa el santo en las grandes festividades, ya apareciéndosele santa Leocadia y diciéndole: *Por tí, oh Ildefonso, vive mi Señora que reina en el cielo:* ya en suma, comprendiendo en el fervor de su oracion, que María, la Inmaculada y divina María, ya en el primer instante de su sér natural, tuvo conocimiento perfecto de que ella era la venturosa Madre de Jesus. Por esto trató de María de un modo tan sublime como celestial y divino. ¡Oh Madre mia, haz que yo viva y muera amándote como Ildefonso tu predilecto hijo! y haz, que de vez en cuando, te salude con el rezo de la Coronilla que hemos colocado al fin de esta obrita.

CAPITULO VI.

ADORACION DE MARIA EN SU PERFECCION.

29. *Refutacion.*—Continuemos haciéndonos cargo de la Undécima noche, justificando en este capítulo la adoracion que los católicos damos á la Vírgen María, y que está basado en su perfeccion. Nos calumnian los protestantes cuando dicen que adoramos á María con la adoracion propia de Jesucristo, y nos

calumnian mas todavía, cuando con el mayor descaro y con una avilantez incomparable aseguran, que damos á María mayor adoracion que la que tributamos á Jesucristo.

Necios sois, oh protestantes, sumamente necios; porque la Iglesia Romana y todos sus hijos los católicos, adoran á María con la adoracion propia: la adoran considerándola en la mente del Altísimo: la adoran en el primer momento de su Concepcion Inmaculada, y la adoran en todos sus actos de Madre de Dios. Porque, ¿cómo negar á María lo que le dió Jesucristo? Y Jesucristo tanto quiso que María fuera adorada, que en todas partes la presentó como á su Madre, para que al modo que exigia para sí el ser adorado en espíritu y verdad con la adoracion propia de su Padre celestial, así tambien exigia para María el que fuese adorada con la adoracion que convenia á su misma Madre. Por esto los pastores, los reyes, los egipcios, los de Nazaret, de Belen, de Jerusalem y todos los judíos, veian en María la Madre de Jesucristo, y en Jesucristo el Hijo de María.

Por otra parte, adorando los católicos á María en su perfeccion, se portan del modo mas racional, porque así como acá respetamos el mérito donde quiera que se encuentre, y por esto el soldado valiente, el juez justo, el labrador honrado, el filósofo sensato y el hombre sabio, por do quiera son venerados, se habla de ellos con mucha loa, se les encarga los principales negocios, se les consulta en determinadas ocasiones, y uno se sirve de su influencia para el buen despacho de sus asuntos, y aun les pide uno que ellos mismos se los despachen ¿por qué será que se acerca el protestante y tiene escrúpulo de hacer en favor de María, en lo espiritual, lo que nosotros hacemos todos los dias unos con otros en los negocios de gran monta? Ciertamente que nada mas insensato que esta conducta de los pobres, infelices, desgraciados y engañados protestantes, que por haber abandonado la fe católica, cayeron en todas las herejías. *Por esto los*

católicos, sin hacer caso del torbellino protestante, nos acordamos de María, acudimos á María, encargamos nuestros negocios á María, nos ponemos bajo la proteccion de María y le damos perfecta adoracion; mas no la adoracion de Dios, sino la adoracion propia de la Madre de Dios.

Así pues, adoramos á María cuando decimos: gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo y gloria á María, su hija predilecta, su Madre dignísima y su esposa fidelísima. Adoramos á María al decir: Santa, Santa, Santa María Madre de Dios, llenos están los cielos y la tierra de la majestad de tu gloria: gloria á María, hija de Dios Padre; gloria á María, Madre de Dios Hijo; gloria á María, Esposa de Dios Espíritu Santo. Pero en todos estos actos de adoracion, jamás adoramos á María como si fuese igual á Dios, sino tan solo con la adoracion que es propia de la Madre de Dios.

Callen, pues, los protestantes, sobre este punto, y calle principalmente el autor de la tan triste como tenebrosa "Undécima noche," porque queda absolutamente refutado, y porque demostramos con la mayor evidencia su mala fe y malignidad. Y atienda bien que la Iglesia Romana adora á María en su perfeccion, porque Ella es sin pecado actual, sin la mas leve imperfeccion, la que tuvo toda virtud en sumo grado, la impecable por gracia y privilegio, la mas hermosa entre los hijos de los hombres, la sede de la misma hermosura y la que en este mundo vió siempre á Dios. ¡Oh María, María! haz que mi corazon siempre te ame, que te ame del modo mas intenso, y te muestre mi amor con obras dignas de tí. ¡Ojalá que me fuera dable llevar á cabo el que toda criatura por los siglos de los siglos; te honrara, te glorificara y te adorara!

30. *María sin pecado actual.*—No debe probarse á un católico, lector carísimo, que María es sin pecado actual, pero sí debe probarse al protestante, ya para que conozca la monstruosidad

de los errores de la "Undécima noche, ya para que aprenda á amar á María por su perfeccion, ya para que la considere, no como una mujer comun, sino como la tan privilegiada, que jamás tuvo ningun pecado actual.

¡Parece increíble que los protestantes hayan llegado hasta tal grado de inmoralidad! No, no se concibe mayor que la que manifiesta un primo hermano, en la maldad se entiende, del autor de la "Undécima noche." Hablamos de aquel autor tan sin sentido que escribió el nauseabundo folleto titulado: "Hijas de María," y que con un descaro sin ejemplo, estampa lo siguiente contra María Santísima: *Ella fué una pecadora como las demas.* ¿Y es posible tanta malignidad? Son sus palabras. Pues ¿qué argumentos alega? La bendicion, dice, se la dió el Señor, pero sus iniquidades le fueron perdonadas y los pecados borrados. . . . Ella nació de padres pecadores, como David y Salomon. . . . Ante Dios y los hombres confesó ser una pecadora. . . .

Dios mio, Dios mio, ¡cuánta mentira y cuánta falsedad! Muchas gracias señor autor del triste y fétido folleto; porque si María fué una pecadora como las demas, claro está que no fué santa, ni mucho menos la reina de los santos; claro está que fué poseida por el demonio, que fué su esclava, que se levantó contra el mismo Dios, que mereció las penas del infierno, y aun ser desterrada de la gloria. ¡Así blasfeman los protestantes! Si así fuere, María ya no fuera Madre de Dios. . . . ya Jesucristo no sería Dios verdadero hijo de María, sino un pecador como los demas. . . . basta de blasfemar.

María, diremos nosotros, nació de padres santos, y tan santos como San Joaquin y Santa Ana; Ella no fué concebida como los demas, sino sin la culpa original; Ella fué cien y cien veces mas inocente y pura, que Eva durante los dias de su inocencia; Ella, en suma, jamás confesó que era una pecadora, ni siquiera lo dijo, ni aun lo pensó, y no pudo pensarlo; porque sabia y creía

que era absolutamente lo contrario, que era una santa, que era la reina de todos los santos, que era mas santa que todos los santos, y que todos los santos habian de recibir de Ella toda la gracia de la santidad: tal es la doctrina de la iglesia, de la Tradicion, de todos los Santos Padres y Doctores. Siendo esto así, ¿qué idea nos formaremos del autor del folleto titulado "Hijas de María?" Que erró; que erró voluntariamente: que erró con el fin depravado de calumniar á los católicos, de perder á las almas, de deshonar á la Santísima Virgen María, y de blasfemar contra Dios y su purísima Madre.

María, jamás pudo dar el consentimiento ni siquiera á una falta, porque no habria sido idónea para Madre de Dios si solo una vez hubiera sido ensuciada con la fetidez del pecado. Por otra parte, nada mas contrario que Dios y el pecado, y la Madre de Dios no pudo tener esta contrariedad. Santo Tomás prueba, por la dignidad del Hijo, que *María no pudo tener el pecado original: y si le repugna el pecado de origen, ¡cuánto mas le repugnará el pecado actual!* Por esto saca por conclusion: *que María en su Concepcion Inmaculada fué toda hermosa y sin mancha, y que jamás durante su vida cometió ninguna especie de pecado.* San Bernardo nos dice: "La mayor santificacion descendió sobre María, no solo en su nacimiento, sino tambien en toda su vida, y así quedó inmune de pecado." Ricardo de S. Víctor nos afirma "que todas las vírgenes son semejantes á María, pero que María es la vírgen semejante á Jesucristo y que jamás se manchó ni con un pecado venial." San Anselmo publica "que no hay duda que el cuerpo y el alma de Jesucristo y de María, jamás fueron manchados con ninguna especie de pecado y que es la doctrina de los teólogos y Padres de la Iglesia."

Los libros santos nos presentan *al corazón de María como un tabernáculo santificado por el Altísimo, sin que haya tenido la menor cosa contraria á la santificacion.* María es el

trono y la sede de Dios: y ¿cómo había Dios de sentarse en un lugar en el que hubiera tenido su asiento el pecado? Isaías nos dice "que ha visto al Señor sentado sobre un trono elevado," y este trono, en sentir de San Bernardo, es la Virgen María, *porque ella forma el descanso de Dios*. María estuvo siempre sin pecado actual, porque sus virtudes fueron siempre las mas heroicas: así heroica, la mas heroica, la sumamente heroica fué su fe, y por esto desde el primer instante de su existencia, creyó que era la Inmaculada en su Concepcion, que era la Virgen de que nos habla Isaías, que siendo virgen tendria la fecundidad de la madre; y sobre este fundamento continuó elevando el edificio de su perfeccion: la esperanza fué tan sobre toda otra esperanza, que se componia de los mas raros y continuos prodigios y actos eficacísimos de la mas subida esperanza: y de su caridad brotaban tantas y tales corrientes de purísimas llamas, que jamás se atrevió el maligno á atacarla directamente ó sea interiormente. Y por decir de una vez lo que fueron las virtudes de María, notaremos que cuando tuvo en el Calvario á su Hijo pendiente de la Cruz, Ella estaba en pié no gimiendo ó llorando; sino con la práctica de la fortaleza que convenia á la Madre de Dios: y eran entonces sus virtudes tan heroicas y tan divinas, que en sentir de San Anselmo, Ella misma habria colocado á su Hijo en la cruz, si faltando los verdugos hubiera conocido que era ésta la voluntad de Dios. ¡Así eran sus virtudes! y así obraba en un todo con tanta perfeccion, que no son capaces de medirla ni los mas encumbrados serafines.

Ahora bien, ¿qué dices, oh protestante, de la que así obraba? ¿Puedes concebir el hielo de la culpa en la que siempre habia obrado con el fervor de un volcan funcionando? Concluylamos, pues, contra la doctrina protestante, que María es una criatura tan singular y extraordinaria y tan llena de privilegios, que jamás cometió pecado alguno y ni siquiera la menor imperfec-

cion; que siempre y á toda hora amó á Dios con todo su corazon y afectos, con toda el alma y potencias, con todo el cuerpo y sentidos. ¡Oh María, amor dulce de los corazones! haz que sea completamente tuyo, que trabaje sin cesar en honrarte y glorificarte, y que procure con todas mis fuerzas que toda criatura te ame, te adore y te glorifique. ¡Oh María! ¡María! ¡sé tu mi Madre, la tierna Madre mia!

31. *María sin la mas leve imperfeccion*.—En María no solo no hubo pecado, mas ni siquiera fomes de pecado, ó como si dijéramos, concupiscencia, ó inclinacion al pecado, de suerte que nunca sintió en su carne aquel movimiento que repugna á la ley de la razon y á los mandatos de Dios. María como concebida sin mancha, jamás sintió la rebelion de la naturaleza, y salió de las manos de Dios tan eminentemente íntegra, que tuvo en toda su plenitud el don de integridad. Todos los Santos Padres afirman lo mismo, y todos de comun acuerdo aseguran, que nada hubo en María que fuese desordenado, y que todo estaba segun el orden que reclamaba la suprema dignidad de Madre de Dios.

San Cipriano dice: "Nada hubo en María que hubiese de separarse, nada tenebroso, oscuro ó menos lucido, y ni siquiera "que tuviese alguna mota, sino que todo era resplandeciente y "brillantísimo." San Juan Damasceno se explica así: "María era "toda Inmaculada, y nada de comun tenia con las terrenas afecciones." San Teodoro hizo suyo el mismo pensamiento; considerándola *como una madera finísima y absolutamente incorruptible*. San Agustin la presenta como la imágen de aquel monte llamado Olimpo, á cuya cumbre no llegaron los vientos de lo imperfecto. San Epifanio habla de María afirmando: "que "fué de tal suerte virgen, que nada tuvo de comun con las demás mujeres." Guericó la predica tan purísima y libre de toda falta, que obraba sobre este punto cual si fuera de piedra.

Santo Tomás de Villanueva nos patentiza á la carne de María "del todo purificada y no contrayendo en su alma ni una "mala inclinacion." Ricardo la describe bellisimamente "como "un prodigio perfecto, porque es una carne sin guerra, sin "moción, sin polvo, y en donde reina la paz mas octaviana." Lorino dice redondamente "que en María no solo no hubo pe- "cado, mas ni siquiera el fomes del pecado." El eximio Suarez asegura "que María poseyó la santidad perfecta bajo todo pun- "to de vista, que excluye todo movimiento contrario á la divi- "na ley, y que por esto Cristo y su Madre tuvieron esta perfec- "cion;" ¡paz admirable que supone mas virtud que cien mil vir- tudes! Eziquio afirma "que jamás María quedó tiznada con "el humo de la concupiscencia." San Bernardo nos enseña "que "María recibió tanta gracia, que con ella no solo quedó santifi- "cada, sino que tambien quedó inmune de todo pecado;" ¡tan integérrima consideraban la naturaleza de María! y ¡tan impe- cable por gracia y privilegio! Todo esto aconteció no solo en el discurso de su vida, sino que tambien quedó ya hecha así desde el primer instante de su Concepcion Inmaculada. ¡Así fué de privilegiada! y así convenia que fuera Aquella cuyo destino era ser la Madre de Dios.

Ricardo de San Víctor añade: "Hubo en María lo mas corrup- "to y lo mas incorrupto; por esto ni tuvo ni siquiera el asomo "de la culpa; y por aquello padeció cuanto es capaz de padecer "humana criatura." Suarez afirma "que María amaba toda mor- "tificacion por Dios, y que por lo mismo amaba tanto lo mas "perfecto, que ni se vió inclinada á la imperfeccion." Los san- tos Bernardo, Basilio y Anselmo "ponen el apetito de la Vir- "gen en una pureza tan sin segunda, que solo se alimentaba de "lo divino."

Ahora bien, si tal es María, según los Santos Padres y Doc- tores, ¿por qué afirma lo contrario el autor de la "Undécima no-

che?" ¿Cómo afirma que es una mujer comun, siendo la única entre todas las criaturas? ¿Cómo afirma que no debemos darle la legítima adoracion? Si le conviene la adoracion que le dá la Iglesia Romana por ser consecuencia legítima de ser saludada por el Angel llena de gracia, tener consigo al Señor y ser ben- dita entre todas las mujeres, ¿cómo afirman los protestantes que es una mujer comun? ¡Oh María! ¡oh amor dulce de los co- razones! ¡Oh! que toda criatura te adore, te ame y te glorifique por los siglos, de los siglos, y haz que mi corazon ¡oh tierna Ma- dre mia! te diga infinidad de veces: María, María, María. María.

32. *María en sus virtudes.*—Para convencer á los protestan- tes que María no es una mujer comun, y sí la mas privilegiada entre todas las criaturas que han existido, existen ó pueden existir, vamos á contemplarla en sus divinas virtudes, siguien- do, exactos, la sentencia de los Padres y Doctores de la Iglesia santa, católica, apostólica y romana, ya que ellas deben ser con- venientes á su dignidad, y deben corresponder á su admirable llamamiento segun la Santa Iglesia.

En el primer instante de la Concepcion de María, le fué co- municada toda virtud, á la que correspondió tan completamen- te, que en aquel primer instante todas las practicó con la ma- yor heroicidad posible. Pues ¿en qué se fundan los protestantes para declarar lo contrario? No tienen mas razon que su malicia ó su ignorancia; porque diciendo el Evangelio de María que fué saludada por el Angel toda llena de gracia, que tenia consigo al Señor y que era la bendita entre todas las mujeres, evidente es que dijo de Ella cuanto es dable. Si esto es María ¿por qué la presentan los desgraciados protestantes como una mujer cual- quiera? Veamos en particular cómo los Santos Padres nos ha- blan de las virtudes de María.

San Cirilo de Alejandría dice, que *Ella es el centro de la fe, y que por Ella manda á los hombres:* y Ricardo é Ildefonso,

Alberto Magno, Bernardo y Antonino aseguran todos, que *María con su fe ha salvado á Adán, varón infiel, y con él á todo el género humano: que es el sello de la fe y que á todos nos la comunica como cabeza de los creyentes: que su fe es en grado excelentísimo: que Ella salvó á toda la Iglesia con la fe que tenía en el Salvador, y como Madre de Aquel que es el autor de la verdadera fe, á todos dió á luz en la Iglesia.* Y semejante mujer, ¿será una mujer comun? ¿Mujer comun podrá ser la que tiene á su disposición los intereses todos del género humano? ¡Oh engaño! ¡oh error! Sí, es craso, muy craso, el error y engaño de los pobres protestantes.

La esperanza es como una consecuencia de la fe, y si la Escritura llama á *María la madre de la santa Esperanza*, claro está que así es apellidada por los Santos Padres. San Antonino dice: “hay en *María* toda Esperanza de vida y de virtud, y “por esto hace la Iglesia que todos los fieles la aclamen *Esperanza nuestra.*” San Agustín la invoca *Esperanza de nuestro perdón y de la gloria*; y San Epifanio la denomina *nuestra Esperanza y la que nos parió á la Esperanza misma.* Y semejante mujer ¿será una mujer comun? La que es el punto de apoyo de cuanto existe, ¿será una mujer comun? La aclamada por todos como lo mas útil y necesario ¿será mujer comun? Pluguiera á tí, oh tierna Madre mía, que los protestantes, ya desengañados, de corazón te alabaran y bendijeran ahora, y después en la otra vida por los siglos de los siglos.

La caridad es el glorioso resultado de la fe y de la esperanza: y que *María ardió en las llamas del divino amor cuanto es capaz una criatura que no sea Dios: que fué la única que amó á Dios según toda la extensión del precepto, aun en su parte mas perfecta, y que la práctica de esta caridad la acompañaba el séquito de las demás virtudes*; es lo que dicen San Bernardo y Ricardo de San Víctor, Pedro Hurtado y Salazar,

Barradas y Suarez, Bernardino de Sena y Agustín, Anselmo y Atanasio, Eusebio Emiseno y Santo Tomás, Ambrosio, Ildefonso y Gregorio de Nicomedia. ¡Tal es *María!* Esta es la medida de su virtud: virtud excelentísima que supera infinito á la operación de toda otra criatura que al mismo tiempo no sea Dios. ¡Tan lejos está *María* de ser la mujer comun que nos retratan los protestantes! ¡Pobres protestantes! ¡cuán ciegos son! ¡Oh fatal efecto de las luces que brotan de la tenebrosa soberbia!

33. *María impecable por gracia y privilegio.*—Solo Dios es esencialmente impecable, porque el pecado es sumamente y diametralmente opuesto al querer de Dios. Jesucristo es Dios y hombre verdadero, y como sus dos naturalezas, divina y humana, estaban unidas en una sola persona, y ésta divina, de ahí resulta que sus actos son de Dios; y que Jesucristo esencial y absolutamente es impecable.

María entre Dios y las criaturas ocupa un lugar medio: no es Dios porque es criatura, y no es simple criatura, porque es Madre de Dios. De ahí la necesidad de que *María* sea impecable por gracia y privilegio, como Jesucristo lo es por esencia y naturaleza: *María* es impecable extrínsecamente, como Jesucristo lo es intrínsecamente. El Concilio de Trento declara que *María* nunca pecó ni siquiera venialmente: y declara que nadie puede abstenerse de todo pecado venial sin gracias muy extraordinarias. Queda, por tanto, declarado, que *María* tuvo estas gracias desde el primer instante de su Inmaculada Concepción, ó lo que es lo mismo, que fué confirmada en gracia y que apareció en el mundo, impecable por el privilegio de la confirmación.

San Buenaventura, Suarez y Victorini, atestiguan “que *María* desde el primer instante fué destinada á la práctica del “bien, de suerte que nunca pecara; de lo cual resultaba que no “podía pecar y que era verdaderamente impecable por privilegio.”